

# Mirador Sunbaker o la levedad

**JORGE DEGETAU SADA**

20  
Este País cultura

La experiencia humana no puede sino sugerir la pesadez del mundo, el cansancio de vivir y la severidad de las consecuencias de nuestros actos. Es pronto en la vida cuando nos topamos con la realidad y su gravedad plomiza e infranqueable, que nos apresa como las amarras de un barco, y quizá toda la existencia —por bella que parezca a algunos— no sea sino la colección de vivencias que denotan cierta fatalidad en nuestro destino. ¿De qué otro modo podría ser si, por terrible que resulte, no habremos de terminar en otro lado que en la tumba?

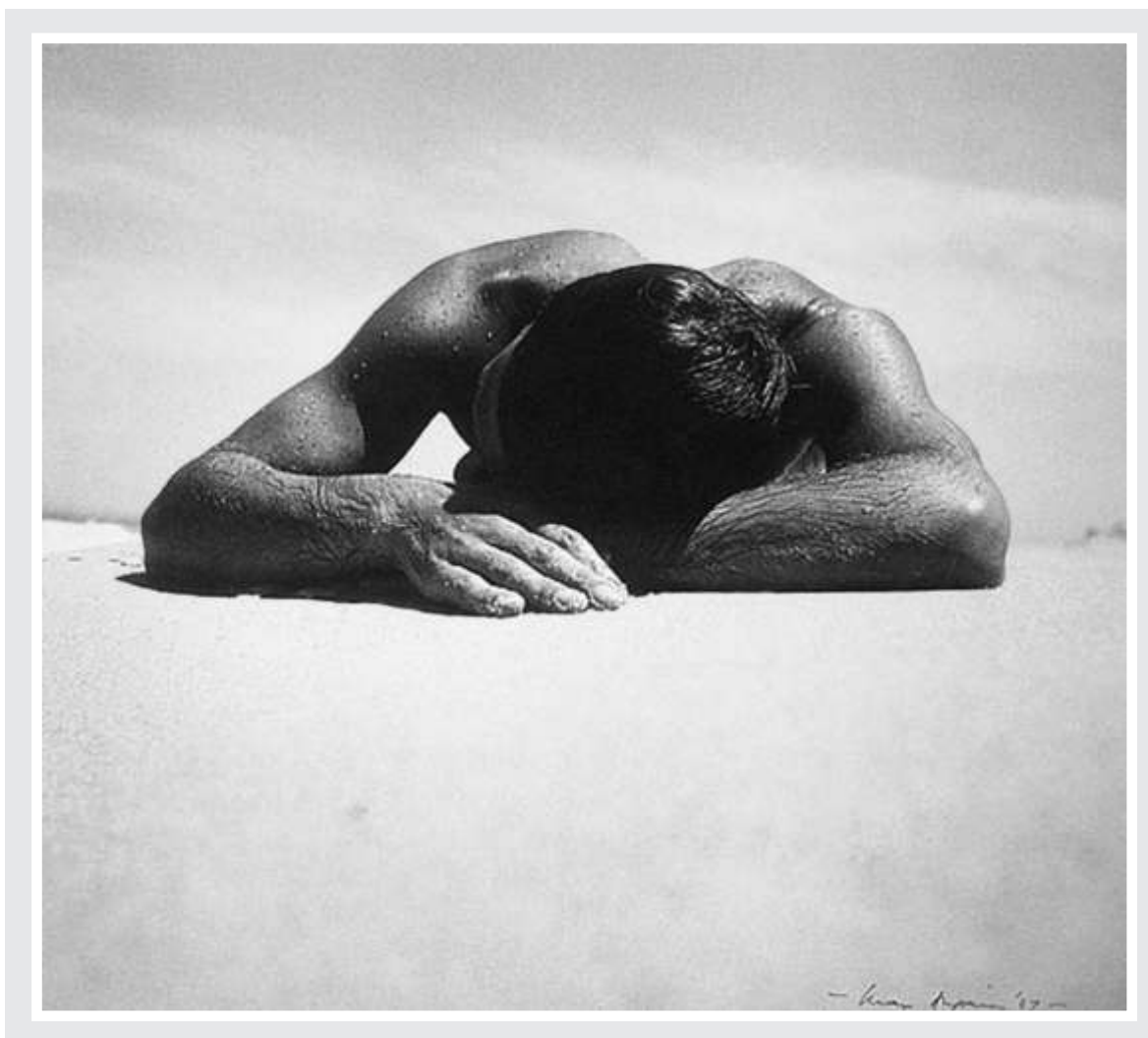
Como si esto no bastara, lo severo, además de negativo en sí, resulta esclerótico para el alma cuando la conciencia, en uno de sus vicios típicos, lo vislumbra previa o póstumamente, cuando adivina o recuerda la desgracia. A diferencia de los animales, incapaces de imaginar lo terrible detrás de cada segundo acechante, parecemos incapaces de simple y llanamente existir, de ser puro andar, de liberarnos del peso y volar, desacomplejados, para aceptar la gran paradoja de la vida: somos *conscientes* de que ésta es un camino hacia la muerte, y que por eso nada en ella es *verdaderamente* importante; sin embargo, por ser lo único que tenemos, sólo por eso ya vale.

*Sunbaker*, la fotografía más emblemática del australiano Max Dupain (1911-1992), es un alegato en favor de la levedad, antítesis de la mentada pesadez: en ella vemos a un hombre que se da un baño de luz solar en 1937, sobre las playas de Culburra, Australia, mientras lo acecha la gran hecatombe, pocos años adelante, de la Segunda Guerra Mundial. El tipo del retrato, recostado bocabajo sobre la arena, es uno con la naturaleza: ofrece su espalda al sol, suda, se relaja; a

lo lejos escucha, suave y repetitivo, el tumbido de las olas, como si se tratara de una oración; el cielo, en lo alto, se adivina milagrosamente azul, así como se esboza, con la imaginación ya desbocada, un sol icónico de tan amarillo y ardiente. Es ésta, sin duda, una composición de pocos y muy sencillos elementos, todos ellos claros y familiares, donde la labor del autor ha consistido en sustraer peso a la estructura.

Hay que reconocer que la temática no es simplemente playera: esta imagen dicta la errancia, la deriva, el paseo. Acostado e improductivo, el hombre del retrato reconoce que nada tiene sentido, que la severidad es una impostura y que toda acción resulta, por lo menos en última instancia, vanidosa. Es éste un sujeto que ha renunciado a tener una ruta, pues sabe que cualquier ruta es engañosa, y ha elegido, en cambio, el simple azar. Ha renunciado, también, a la velocidad, al vigor y a la productividad, y por ello mismo a la fatiga, al exceso y a la impertinencia; sabe que al inclinarse por lo leve, prefiere lo sutil, lo fino, lo venial y exquisito.

Este mortal refresca su alma en el descanso de la honestidad: no se aturde con el ruido del mundo, y en lugar de ello encara con denuedo el vacío que lleva en el pecho, sin temer al ocio que lo confronta con su soledad íntima e inquisidora; está en perfecta paz pues sabe que lo ligero, quizás anodino y frívolo, es la vida misma, tan insustancial como estos calificativos: de allí que levite como una pluma.



Max Dupain, *Sunbaker*, 1937.

*Sunbaker* aligera nuestra experiencia vital como un soplo de brisa, pues se concentra en lo leve, como lo es la luz del sol sobre los hombros, tanto como en lo minúsculo: cada grano de arena sobre la piel, cada surco de ese horizonte musculoso que es la espalda. Hay en el *Sunbaker* de Dupain una invitación a experimentar el momento presente con pleno abandono, una intencionalidad de retroceder a la infancia y a esa plenitud que se yergue con naturalidad en lo sencillo. *Sunbaker* es una imagen que define la serenidad

como lo hacía Nicolás Gómez Dávila, como “el fruto de la incertidumbre aceptada”, ya que eso hace quien en la fotografía enfrenta a la silente arena, y que estará ahora mismo, con certeza, absolutamente muerto: en el accidentado periodo de entreguerras, el único que realmente le pertenece, rodeado por la catástrofe, este hombre se ofrece al sol, distendido e indolente, desinteresado y libre, como deberíamos abandonarnos todos en esta vida que sólo es la espera de su final. ~